



Nómadas (Col)

ISSN: 0121-7550

[nomadas@ucentral.edu.co](mailto:nomadas@ucentral.edu.co)

Universidad Central

Colombia

Sánchez Mojica, Dairo Andrés

Reseña de "HACER REAL LO VIRTUAL. DISCURSOS DEL DESARROLLO, TECNOLOGÍAS E HISTORIA DEL INTERNET EN COLOMBIA" de Camilo Andrés Tamayo, Juan David Delgado y Julián Enrique Penagos

Nómadas (Col), núm. 28, abril, 2008, pp. 240-243

Universidad Central

Bogotá, Colombia

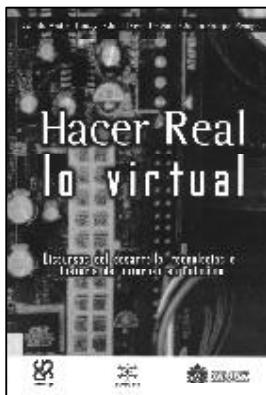
Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=105116292024>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



## HACER REAL LO VIRTUAL. DISCURSOS DEL DESARROLLO, TECNOLOGÍAS E HISTORIA DEL INTERNET EN COLOMBIA

Editorial: Cinep/Colciencias/Universidad Javeriana  
Autores: Camilo Andrés Tamayo, Juan David Delgado

y Julián Enrique Penagos

Ciudad: Bogotá

Año: 2007

Número de páginas: 181

### Dairo Andrés Sánchez Mojica\*

Vista desde la perspectiva del sentido común, la tecnología se nos presenta como un objeto inerte; al decir de Heidegger como un ente-a-la-mano, acaso como un instrumento que sirve para la realización de la voluntad de las personas, que en su libre albedrío deciden qué hacer y a través de qué recursos tecnológicos. Sin lugar a dudas, desde esta mirada, la tecnología no sería otra cosa que un instrumento para la realización de la intencionalidad de alguien, un medio para la ejecución de un fin. De este modo, la tecnología se asocia al dominio de la naturaleza y al proceso de liberación de la humanidad frente al supuesto determinismo causal de aquélla. Por lo tanto, se establece una analogía entre naturaleza y despotismo, así como entre tecno-

logía y libertad. De igual forma, a partir de esta actitud natural solemos dar por sentada una relación directamente proporcional, según la cual, a mayor tecnología habría mayor desarrollo social, por ello se considera que siempre y cuando contemos con tecnologías "avanzadas" podremos realizar de manera cada vez más satisfactoria nuestras necesidades sociales y, en consecuencia, seremos más competitivos en el marco de la globalización contemporánea, más libres. Esta forma de pensar permitiría entender, de algún modo, el frenético afán que tenemos por acceder a la tecnología, por entrar en el torrente de los lenguajes digitales y, por qué no, la apremiante necesidad de "ponernos al día" en términos de lo que el mundo nos exige. Si mi vecino compró ese televisor de plasma, yo no me puedo quedar atrás ¡ni más faltaba! Si

el país de al lado compró esos aviones de combate, nosotros no podemos quedarnos atrás ¡ni más faltaba!

Ahora bien, no siempre y en todo lugar los objetos tecnológicos se han concebido de tal manera, aquella forma de valoración está asociada con lo que Weber llama el proceso de desencantamiento del mundo. En otros momentos y en otras sociedades los objetos tecnológicos no se perciben como inertes y la naturaleza no se considera como un polo susceptible de dominio para la realización de la libertad humana, lo que nos permite sospechar que asumir la tecnología como instrumento posibilitador del tránsito hacia el progreso humano por medio de la domesticación de la naturaleza es una construcción socio-histórica localizada y no una verdad incontrovertible.



Es de este supuesto del que parten Camilo Tamayo, Juan David Deltado y Julián Enrique Penagos, autores del libro *Hacer real lo virtual. Discursos del desarrollo, tecnologías e historia del Internet en Colombia*. Para ellos, “la tecnología se manifiesta ante todo como un *objeto cultural*, como un símbolo que participa de procesos colectivos y subjetivos de interpretación, los cuales, a su vez, hacen parte de relaciones discursivas y de poder más amplias, principalmente enmarcadas en los discursos científicos, económicos y políticos sobre el desarrollo” (63). En este sentido, la pregunta por Internet como tecnología que contribuye al desarrollo se realiza desde una sospecha, pues se considera que se aborda una *relación construida* a partir de discursos asociados con intereses políticos, económicos y culturales. Dicha relación tendría entonces, un significado arbitrario, como diría Saussure, es decir, hablamos de una construcción socio-histórica y no del resultado de un vínculo natural entre las premisas de la relación. Hay que decir que aquella pregunta es particularmente pertinente para el contexto colombiano, si se tiene en cuenta que, como indican los autores, con respecto al crecimiento de la banda ancha Colombia se encuentra en primer lugar a nivel latinoamericano y en cuarto lugar a nivel mundial. En la perspectiva del documento, la emergencia de Internet en Colombia puede asumirse, desde el

concepto de *campo* formulado por Bourdieu, como una relación social que se organiza a partir del capital económico, político y cultural, que a su vez produce actores sociales y genera interacciones diferenciales entre los mismos. El campo de Internet produciría, entonces, los actores sociales implicados en su uso y las reglas de interacción entre los mismos, así como su capacidad de apropiación de los distintos tipos de capital.

Desde dicho enfoque, en el libro se presenta una genealogía de Internet en Colombia, la cual señala tres momentos importantes de constitución del campo. En el primer periodo (1986-1993), el campo se consolidó en torno a las universidades, especialmente a la Universidad de los Andes, lo que implicó una apropiación particular del capital cultural en la que primó la ecuación información-acumulación de conocimiento. En este contexto, el Estado colombiano cedió la apropiación de un bien de interés público a un actor social particular, lo que generó la consolidación de una forma específica de ejercicio de la violencia simbólica. El principal obstáculo que se presentó frente a la masificación del uso de Internet en este periodo, fue la falta de infraestructura, “manifiesta en dos indicadores: el número de computadores por habitante y la red de conexión o medio de transmisión” (21). Esta situación condujo a un tránsito

en el que se privilegió el intercambio económico y, por lo tanto, su confirmación como elemento estructurante del campo, proceso que se enmarcó en el contexto de la apertura económica y la privatización de Telecom, hasta entonces el principal operador de telecomunicaciones en el país: “La génesis del campo de Internet en Colombia, y el papel que jugó el Estado colombiano en su elaboración, son dos procesos inseparables del proceso más amplio de liberalización económica que buscó, desde inicios de la década de los 90, acabar con el esquema de una sola empresa nacional de telecomunicaciones que monopolizara la prestación de estos servicios” (25). El segundo periodo (1994-2000) se caracterizó por la construcción estatal de la oferta y la demanda, en este sentido el Estado creó dos agentes: el Ministerio de Comunicaciones, que a través de concesiones y contratos de asociación a riesgo compartido configuró la oferta, y la Comisión de Regulación de Telecomunicaciones, encargada de la consolidación de la demanda del servicio, esto es, “la creación de disposiciones culturales en los distintos agentes sociales de modo que sus formas de ver, conocer y actuar sobre el mundo social, sean compatibles con la percepción del objeto tecnológico como un artefacto atractivo, utilizable, consumible o adquirible” (37). El trasfondo de estas acciones partía de una visión de las



nuevas tecnologías como un importante factor de desarrollo de la economía, lo cual suponía la masificación del uso de Internet y el desarrollo del sector productivo a través de la modernización de las instituciones públicas. El tercer periodo (2001-2007) tiene que ver con el paso del campo de Internet al ámbito de las telecomunicaciones, proceso en el cual se consolidaron las relaciones sociales tendientes al uso de la tecnología y se generó un oligopolio de las comunicaciones, lo que implicó que el campo de Internet se diluyera en un campo más amplio que abarca la telefonía móvil y los servicios de televisión por cable. Por ello, “detrás del encanto por la *convergencia tecnológica*, se esconde un escenario menos fascinante donde los grandes grupos económicos (nacionales y extranjeros) –aprovechando y usufructuando las prebendas de la apertura económica llevada a cabo por el Estado–, se apoderan de posiciones cada vez más dominantes dentro del campo a través de la *convergencia de capitales*” (45-46).

De otro lado, al conceptualizar la tecnología como un objeto cultural, los autores analizan la relación entre Internet y el discurso desarrollista, recogiendo para ello los aportes que ha efectuado Arturo Escobar a la deconstrucción del desarrollo. En este sentido, Internet no se asume solamente como un objeto

o una mercancía, sino como un artefacto que articula dimensiones simbólicas y relaciones de poder que lo vinculan al imaginario del subdesarrollo y a prácticas sociales concretas. En este contexto, el “discurso desarrollista [que] ubica al país dentro del subdesarrollo, abre la oportunidad discursiva de de plantear la ‘necesidad’ de aparecer en la escena global como espacio ‘atractivo’ para la inversión económica. Así, esta no es de desarrollarse para invertir en el país, sino de crecer para hacerse atractivo a la inversión [sic], por supuesto, extranjera” (76). Esta perspectiva crea una nueva matriz de distribución de las poblaciones a partir del criterio de acceso a la información, la llamada “brecha digital”, de modo que la pobreza se conceptualiza en el escenario contemporáneo como incapacidad de acceso y, por lo tanto, desconexión frente a las lógicas de inversión del capital trasnacional. En este sentido, si se me permite una analogía, para desarrollarse y salir de la pobreza pareciera ser imperativo conectarse a la *Matrix*. Hay que decir que para los autores “el homogéneo término ‘brecha digital’ desconoce las dinámicas propias de los contextos sociales, sus particularidades, sus ritmos, y es una excusa perfecta para inducir a los países pobres a realizar cambios estructurales que más que generar autonomía lo que hacen es facilitar procesos de dependencia económica, política y cultural” (81).

Es por esto último que los autores otorgan particular importancia al uso que de Internet hacen los llamados Programas de Desarrollo y Paz (PDP), pues desde estos procesos sociales se generan significados alternativos del desarrollo y la paz, asociados con una perspectiva regional, en contextos de conflicto social, político y armado, en relación con los Derechos Humanos y orientados a fortalecer la participación de las comunidades locales en la construcción de un desarrollo integral que “involucra las dimensiones económica, política, cultural, social, medioambiental y espiritual, como un todo complejo que apunta al sostenimiento de procesos a largo plazo” (89). En consecuencia, con este interés fueron seleccionados como muestra el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio, el Programa de Desarrollo y Paz del Oriente Antioqueño y la Fundación Pro Sierra Nevada de Santa Marta. Sin necesidad de recurrir a idealizaciones que esencializarían el lugar de los PDP, los autores analizan las agendas de desarrollo y paz que manifiestan estos actores en sus páginas electrónicas. El resultado de dicho ejercicio les permite realizar recomendaciones importantes al uso de las tecnologías de la información y la comunicación que adelantan dichos actores, y resaltar las particularidades de los mismos en relación con sus concepciones de desarrollo y paz.



Por último, destaco el libro como una importante contribución al estudio genealógico de la inserción de Colombia en el mundo contemporáneo, pues permite comprender críticamente las reactualizaciones del discurso desarrollista en el marco de la globalización neoliberal. Así mismo, es una perspectiva de abordaje socio-discursivo de la tecnología que desnaturaliza los estereotipos modernos y coloniales que se han sedimentado en nuestra experiencia cotidiana colectiva, aunque en ocasiones al lector le queda la leve sensación de que

la toma de partido de los autores frente al discurso del desarrollo es un poco ambigua, pues en ciertos pasajes parecen articularse a los agenciamientos colectivos de enunciación que perpetúan las representaciones desarrollistas.

Finalmente, queda la pregunta sobre qué transformaciones en el devenir del discurso del desarrollo agencia el imaginario de Internet, pues es evidente que hay rupturas con el aspecto que aquél tomó a mediados del siglo pasado. Sería interesante profun-

dizar en dichas permutaciones para contribuir a una genealogía amplia del desarrollo.

---

\* Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional. Estudiante de la Maestría en Investigación en Problemas Sociales Contemporáneos del IESCO – Universidad Central. Investigador del Cinep y profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional. E-mail: dsanchez@cinep.org.co

***INSERTAR AVISO SALÓN DEL ARTISTA***